

¡ESTAS DE NUESTRO LADO, SEÑOR! por Javier Leoz

Palpas nuestras miserias, y nos levantas con tu mano,
mudas nuestra pobreza, en riqueza nuestra desilusión en encanto
Derramas tu misericordia y nos contagias con tu amor
Despliegas tu misericordia y nos integras de nuevo
sanos, alegres y radiantes en el mundo y en la realidad que nos rodea
¡ESTAS DE NUESTRO LADO, SEÑOR!

Cuando, el ambiente y las ideas,
no nos acompañan y nos dejan de lado
Cuando, por nuestra forma de ser,
por creer en Ti o ver el mundo de otra manera,
sentimos que nuestras voces y hasta nosotros mismos
contamos poco o casi nada.
¡ESTAS DE NUESTRO LADO, SEÑOR!

Cuando no entendemos el volcán
de tantos dolores, injusticias, enfermedades,
llantos, soledades y heridas
que se estallan en la tierra y en el corazón del hombre

¡ESTAS DE NUESTRO LADO, SEÑOR!
Y sentimos que, Tú como nadie, sabes estar cerca de nosotros,
que te encanta vivir y compartir nuestras aflicciones
que sabes, como ningún médico lo hace,
acercarte a cada enfermo, a cada situación y preocuparte, día y noche,
por aquel que sufre amargamente.
¡ESTAS DE NUESTRO LADO, SEÑOR!

Por eso, porque estás junto a nosotros,
sentimos que no es tan grande nuestra soledad
que no es definitivo nuestro abandono
que, con tu mano, sanas nuestras heridas y las cargas, todas ellas,
sobre tus hombros.
¡Gracias, Señor! ¡Estás de nuestro lado!

- PRECES, PADRE NUESTRO

- **ORACIÓN:** Señor, tú que te complaces en habitar en los limpios y sinceros de corazón, concédenos vivir de tal modo la vida de la gracia para que merezcamos tenerte siempre con nosotros. Por Jesucristo, Nuestro Señor.

GRUPO ORACIÓN

PARROQUIA BAPTISMO DEL SEÑOR

VIº Domingo T. O.

15 febrero de 2009



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor Dios Padre nuestro, te pedimos gracia para comprender mejor la Palabra que se transmite en la Eucaristía Dominical. Concédenos la presencia cercana y gratificante del Espíritu Santo. Te lo pedimos por tu Hijo --y Maestro Nuestro--el Señor Jesús.

El amor de Jesús es más que cualquier ley

Es la enseñanza que Jesús de Nazaret nos hace en este Sexto Domingo del Tiempo Ordinario. Su amor por los hermanos va por delante de cualquier ley o precepto. La ley hebrea impedía tocar a los leprosos. Jesús toca y cura al leproso que se le ha acercado. Claro que el mismo leproso, en su anhelo de volver a estar sano, tampoco cumple con la ley al aproximarse al grupo de gente en el que se encontraba Jesús. Todo es una lección de amor que no debemos olvidar. El amor lo vence todo. Dios es Amor.

EVANGELIO

✠ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1, 40-45

En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:

-- Si quieres, puedes limpiarme.

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo:

-- Quiero: queda limpio

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él le despidió encargándole severamente:

-- No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.

Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aún así acudían a él de todas partes.

Palabra del Señor

LA MEDITACIÓN

1.- Sí; la lepra, personifica en los tiempos que vivimos a toda persona que se duele y llora por las situaciones de contradicción que se dan en el mundo. Por tanta exclusión e injusticia fruto de la intolerancia o de los intereses que convierten automáticamente, a unos en buenos y a otros en malos: unos son colocados en el escaparate, como referencia y encarnación de los valores que emergen en una sociedad caprichosa, y otros son desterrados porque –sus exigencias o su modo de vida- pueden resultar chocantes o calificadas incluso de “peligrosas”. Hay muchos descartes en nuestra sociedad y muchos intentos de silenciar a los que no hacen orfeón o secundan iniciativas amparadas por leyes de turno. Existen muchos intentos de apartar a los “nuevos leprosos” porque no dicen lo que la sociedad quiere oír ni actúan como la sociedad dicta.

2.- Una vez más, como en tiempos de Jesús, la perseverancia y la mano de Dios salen al paso de aquellos que saben que, sólo Dios, es capaz de responder con generosidad cuando el mundo rechaza o abandona. Miremos un poco a nuestro alrededor. ¿Qué se enaltece? ¿Qué se valora? ¿Qué se desprecia? ¿Qué se margina? ¿Qué se recompensa? La eucaristía de cada domingo, el encuentro con la Palabra y con el Resucitado, nos inyecta a los cristianos la fuerza necesaria para insertarnos de nuevo, con impulso renovado y claro, en una sociedad donde no siempre predomina el bien común.

3.- La oración, personal o comunitaria, nos brinda esa oportunidad para recuperarnos de otros tantos rechazos cuando presentamos, con respeto pero con valentía, nuestra forma de entender el mundo, la sociedad, el hombre, etc., desde la fe. El testimonio, de lo que llevamos dentro, de nuestra experiencia de Dios, nos exige pregonar que con Jesús nos sentimos bien. Que haber encontrado a Dios, lejos de ser una preocupación, nos ayuda a llenar huecos peligrosos en nuestra vida. Nos invita a quemarnos, no hacia dentro, y sí hacia fuera, para que otros hermanos nuestros –con abundancia de lepra materialista, hedonista, individualista, pobreza, malos tratos, etc.- puedan salir de ese estadio y reincorporarse de nuevo a la vida o dejar que otros compartan su misma buena suerte. ¿Acaso no merece la pena? Pongamos algo de nuestra parte.

4.- Fue muy discreta la petición de aquel enfermo que buscó a Jesús: “Si quieres, puedes limpiarme”. No se lee en el texto de san Marcos ninguna invocación como Señor, Maestro, Hijo de David. Tampoco se descubre en el leproso una fe vaga, como la de aquel padre del epiléptico: “Si algo puedes, ayúdanos”. Aquí se trasluce una fe simple, serena y confiada. Y el Señor retoma la petición del leproso para responderle: “Quiero. Queda limpio”. Al examinar nuestra vida, numerosos cristianos verificamos que también somos leprosos. Nos decimos personas practicantes, pero guardamos en nuestro interior tantas agendas negativas, tantos manejos inmorales, tantos propósitos torcidos. No somos tan limpios como parece. Otros más vivimos aislados de la comunidad creyente. Y esta lejanía ya cuenta muchos años. En consecuencia, también somos leprosos. Desde lo más hondo de nuestro ser repetimos la sencilla plegaria del leproso: "Señor, si quieres puedes limpiarme". Así una y otra vez. Podemos estar seguros de que Jesús volverá a enternecerse y nos dirá: "Quiero: queda limpio".